

POETA PARA NUESTRO GOCE

Gregory Zambrano

Ajeno a escuelas y tendencias, a modas escriturarias y poses intelectualistas, Francisco Massiani ha trasegado en la vida literaria venezolana bajo la égida del asombro. Autor de uno de los clásicos narrativos del siglo XX, *Piedra de mar* (1968), posee una destacada obra que se reúne en sus colecciones de relatos *Las primeras hojas de la noche* (1970), *El llanero solitario tiene la cabeza pelada como un cepillo de dientes* (1975), *Con agua en la piel* (1998) y *Florencio y los pajaritos de Angelina, su mujer* (2005).

Ya desde la publicación de su segunda novela, *Los tres mandamientos de Misterdoc Fonegal* (1976), este autor, sumergido entre el silencio y una soledad órfica, alcanzó notable resonancia entre lectores de edades diversas y creó un ícono en el cual se retrató por décadas la adolescencia venezolana.

Ahora, bajo el sello de una ya emblemática producción de títulos curiosos, el escritor colombiano Harold Alvarado Tenorio coloca a Massiani en la misma fila donde se alistan T. S. Eliot, Ferreira Gullar, Konstandinos Kavafis, Bob Dylan y Jack Kerouac, entre otros.

Un hecho curioso de por sí lo representa la publicación de un poemario de Massiani. Dibujante y narrador consumado, se aventura por los terrenos de la palabra poética para dar cuenta de todo un universo reflexivo y expresivo cargado de añoranzas, miradas, paisajes vistos y soñados.

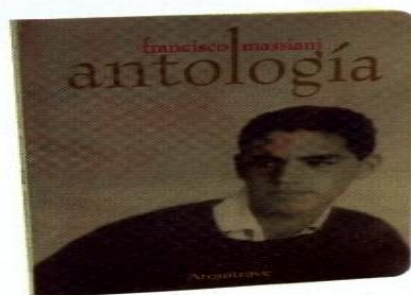
Durante más de cuatro décadas, Massiani ha oficiado la poesía. De 1960 data su poema «Puerto», publicado en un periódico mural del liceo caraqueño «Andrés Bello», donde estudiaba el bachillerato. Al decir del prologuista Rodrigo Blanco Calderón, «Sólo en contadas

ocasiones Massiani ha publicado algo de su poesía y, sin embargo, esta escritura es algo que lo ha acompañado toda su vida».

Este volumen artesanal, impecablemente impreso, reúne cincuenta y cuatro poemas en una secuencia que no es temática ni cronológica. Los textos responden no a un plan prefigurado de proyecto poético, lo que justifica una pretendida y a veces forzada «unidad temática». En estos poemas se encuentran los grandes temas de la poesía universal con una personalísima catadura que sostiene la expresión caleidoscópica de sus recurrencias; el amor: «Para dar con el amor / es preciso conversar con el silencio», la muerte, la espera, la vida, el fútbol, la soledad, el desamparo.

El imaginario universal se vuelca hacia espacios muy delimitados donde converge todo el peso de una tradición que se aviene con la percepción sensorial —a veces caótica y disonante— de ciudades cuyas huellas son imborrables: «Aquí han mordido el fruto de la vida / los gitanos y los griegos / algún chino loco / algún argentino de la pampa / Aquí la mujer ha sido / amasada por millares de manos / de millares de naciones y banderas» («Postales de Barcelona»).

El poeta siempre tiene ante sí el desafío de querer asir el mundo, su realidad, y nombrarlo todo una y otra vez hasta el infinito. Massiani ata las palabras a su imaginación, las retuerce, las amasa, y cuidadosamente construye su imaginario poético en un lugar donde goza la vigilia y la fiesta de los sentidos. +



Francisco Massiani, *Antología*
Arquitrave, Bogotá, 2006